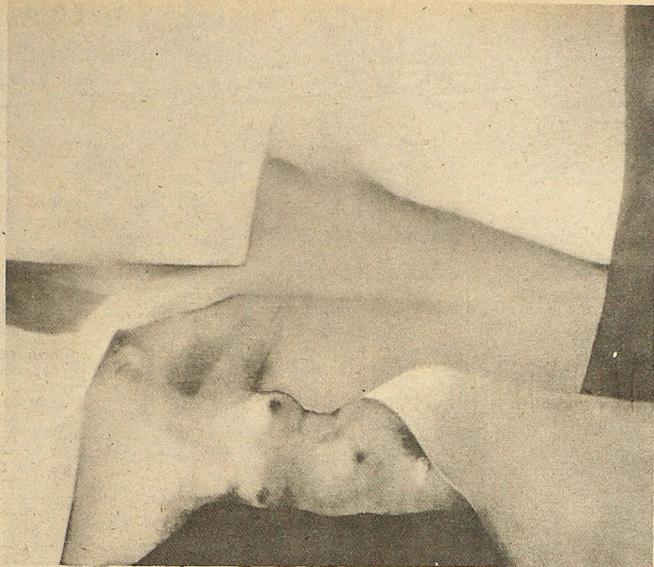


Por  
Carlos  
Balaguer



"De regreso a las luces", óleo de César Menéndez.

## Confesión de las distancias cartesianas que mediaron entre nuestras soledades

Amores, como vidrios frustrados que no detuvieron la luz. Que la dejaron pasar como el agua transparente; como el aire y el pensamiento; como los sentimientos errados. El sendero se abrió ante mí, y comencé andar sobre sus vivas piedras de soledad. ¡Golpead manos en el corazón! Substancias amargas de primavera fluyen de mis íntimos manantiales; de mis muros, de mis grietas de piedra y desdénado cristal. Un gran dolor me habita. Soy un suelo, una tierra que no tiene pobladores. Tierra que dejó de crecer como ceniza de metales. Por eso duelen sus raíces. Por eso tiembla y se estremece la arquitectura verde de mi doloroso amanecer. Y he llorado por mis propios metales que acuchillan la inmensa miseria de mis actos. Y llega tarde el estío en la ventana, con las retrasadas lluvias de la espera. Cuando el laúd del tiempo tembló en el viejo reloj, como el recuerdo de un distante campanario, me vi de pronto en el celeste vacío de aquella noche insomne. Pensé en la desdicha de quienes no amaron ni fueron amados. Recordé cuando mi vida, de igual forma se vistió de vacío, y se llenó con la atmósfera de golondrinas errantes. Y después, cuando

todo cambió, que mis estancias habitó el amor y sonó la armonía de nocturnos cabarets... Los rostros y las voces se iluminaron en la celeste penumbra. Y fue entonces, como un golpe, cuando comprendí el espantoso abismo de haber amado seres enfermos, distantes de mi vida tibia y abierta de esperas. Almas cojas, de materias insensibles, deformes, ausentes, cuerpos sordos. Que nunca escucharon mis palabras ni el latido constante de mi corazón. Seres humillados que seguían amándose aún en medio de su distante y apartada soledad. Pero que se habían ido o quedaron atrás. Y les recordé con ternuras. Los momentos felices. Cuando aún no nos había golpeado ni cegado el sol de la noche. Y sentí compasión; nos perdona quizá, pues al fin todo se nos vuelve mentira de repente y tiene uno al fin que perdonar nuestras aparentes vidas. Me sentí tierra sin pobladores, porque la di algún día a esos que la abandonaron y arrasaron sus lirios y estauques perfumados. Quienes se fueron, quizá por mi misma culpa. O porque nos desconocimos de repente, nos dañamos, los eché de mi patria, de mi casa, de mi

desierto, con insultos y daños. Porque fui mal anfitrión. Porque fueron malos huéspedes; pobladores infértiles, o a quienes la vida ateró y llenó su cuerpo de golpes, moretes y soledades. Por eso pienso que de vez en cuando fallará el astrolabio en la distancia de la estrella y de Dios. Y que nos tenemos que confesar en silencio. Confesar las distancias que median entre ellos y yo, entre tú y ellos, entre ellos y ellos (ellos, los que amamos). Cuando se muere el pobrecito amor, cuando no podemos conquistar la alegría; cuando no podemos llegar a amarnos. Cuando nos alejamos unos de los otros como barcazas en el nocturno mar.

¡Golpead mi corazón, como a un rompible alabastro de porcelana donde la muerte y la vida guardaron sus perfumes extraños!  
¡Rompedlo —os pido— con leños, con metales, con los puños, hasta hacerlo trizas! Que al fin quedaremos solos en nuestra tierra despoblada, que antaño tuvo casas con arriates floridos, de rojo entejado y blanco repello; con ventanas que miraban hacia el camino, niños jugando la ronda de doña Ana y San Cerolín del Monte; de rostros suspirando su mocedad enamorada en la vera de los días, de naranjos en los traspastos y frutos en las huertas... De panes olorosos en la tarde y abejas obreras construyendo sus oscuros panales. Pero que un día ya no nos comprendimos. Y cada quien cogió su camino, yéndose mustios por los senderos centelleantes del meridiano. Sin decir palabra. Diferentes, porque "aquellos de entonces ya no fuimos los mismos". Amamos lo destructible. Nos volvimos de pronto seres inqueribles, inalcanzables e innumerables.

# El Entierro de Sartre

Por Arturo Uslar Pietri

CARACAS. (ALA). — Según las informaciones de prensa, más de veinte mil personas se reunieron en el entierro de Jean-Paul Sartre. Eran predominantemente jóvenes vinculados a los grupos extremistas y anarcoides, que los franceses llaman "gauchistes". Hubo desorden y alboroto que le dio más el aspecto de una manifestación política que de un gran duelo de la inteligencia y de la literatura.

Podría uno preguntarse, y el hacerlo no se desvía de la línea de pensamiento del propio Sartre, que representaba esa muchedumbre, que conocía del escritor y que afirmaba allí con su presencia.

La mayoría de los concurrentes al acto no debía conocer mucho de la obra del intelectual desaparecido. Hace ya muchos años que la narrativa de Sartre había dejado de ser una novedad y de mantener su vigencia, su propio teatro, que sacudió tan poderosamente la conciencia de Francia en la post-guerra, ya no se representaba. Condenado por la ceguada tenía ya varios años sin escribir ni publicar nada, fuera de entrevistas.

Su pensamiento filosófico ya había perdido mucho de su primera resonancia escandalosa. Su existencialismo peculiar, que se aparta significativamente del de Heidegger, parecía encallado e inconcluso en las contradicciones de su propio camino de búsqueda. Su último gran esfuerzo filosófico, que consistió en tratar de buscar un acuerdo entre el marxismo y el existencialismo, no pasó de ser una tentativa brillante de desesperación intelectual. No había sido marxista nunca, pero no quería ponerse en pugna con el fuerte prestigio y atractivo político de esa doctrina y, por otra parte, se había ido alejando de la primitiva posición existencialista que le proporcionó fama y popularidad en los primeros tiempos de la post-guerra desde 1946.

Para el público grueso era aquel hombre extraño, solitario, con un ojo extraviado, que extravagantemente se veía aparecer mezclado con los grupos más radicales de la juventud francesa, en manifestaciones callejeras o poniendo su firma en toda manifestación de protesta contra las dictaduras no de izquierda o de apoyo a todo movimiento o actitud que pudiera pasar por revolucionario.

En semejante activismo, tan incongruente con su prestigio de pensador y de creador literario, hubo frecuentes contradicciones y rectificaciones. Una trayectoria zigzagueante, motivada por los sucesos, que lo acercaban o lo alejaban de la URSS, de Cuba, de Yugoslavia, del Partido comunista francés. Esa curiosa e irrestricta disponibilidad para apoyar con su nombre o su presencia todas las causas más extremas de la rebeldía, lo llevaron a una difícil actitud de no repudiar el terrorismo. Fue famosa, y causó perplejidad, su visita a los miembros de la banda de Baader Meinhoff en una prisión de Alemania.

Esa disponibilidad, casi patológica, para apoyar y dar el prestigio de su nombre a cualquier manifestación de grupos de la extrema izquierda anarcoide, no era fácil de explicar dentro de la trayectoria de su obra y de su pensamiento. Era el compañero ocasional y momentáneo de los jóvenes fanáticos, partidarios de una revolución indefinida, que muy poco se compadecía con lo que había sido lo más significativo de su discurso filosófico, la noción de que la vida del hombre carece de sentido y de que estaba trágicamente condenado a una libertad que lo autodestruía.

Todas esas contradicciones y cambios contribuyeron a darle su innegable grandeza e importancia. Los que habían seguido desde la primera hora, de la cercanía con Camus y con Merleau-Ponty, el curso atormentado de su meditación sobre el hombre, no podían aceptar las inexplicables aventuras de su activismo político.

En los últimos años la resonancia de su obra escrita se había apaciguado. No había vuelto a escribir ni ficción, ni teatro. Las obras filosóficas fundamentales habían quedado sin conclusión. El corto comienzo de su autobiografía, que se publicó bajo el título de "Les Mots" y que es, acaso, la mejor muestra de su literatura, no pasó de ese comienzo. El eco vivo y polémico de su revista "Les Temps Modernes" se fue apaciguando. Ya, para la inmensa mayoría, se había ido convirtiendo en aquella figura extraña del viejo abstraído y medio ciego, que aparecía a la cabeza de las manifestaciones de grupos de jóvenes iracundos.

Escribió toda su vida como un forzado, todos los días por varias horas, con sus ojos desfallecientes, volcado sobre el deslumbramiento y la angustia de la página blanca. Hasta que la luz del único ojo con visión se le apagó hace pocos años. Anunció entonces, sin patetismo, que no escribiría más. Quedaba sin terminar, y en suspenso irreparable, su gran obra de penetración de Flaubert: "El Idiota de la familia".

Ahora, cuando forzosamente tendrá que cesar la utilización política de su nombre, va a comenzar la ocasión definitiva de hacer la evaluación de su extraordinario aporte al pensamiento y a las letras de Occidente. No se requiere tener dones de zohori para afirmar que esa evaluación confirmará ampliamente su extraordinaria importancia y la grandeza patética de su búsqueda del sentido de la condición humana. Su extraña y cierta compasión por el hombre, condenado a la libertad y a la esperanza como a la más dura pena.

Filosofía, Arte y Letras